

# Nº44 Noviembre 2025



Me visitas en sueños callados  
Evocando la eterna juventud.  
Los labios húmedos,  
La piel tersa, suave de tus manos  
Y los ojos profundos, clavados en los míos.

**Victoria Ache**

## Museo

## Polin

## Yuleisy

## Cruz

### En este número

Victoria Ache, Carta abierta a María Pombo, Alberto Fernández G.,  
Elena Bravo Delgado, Esteban Rodríguez Arroyo, Lau Moya,  
Álvaro Giovanny, José Mario Hernández G., El rincón de Cristiane,  
Luis Mariano "Lucho", Emmanuel Solano Argüello, Maximiliano Sacristán,  
Adrián I. Pérez Bravo, La Galería, Alexander Rivera, LONI, Página 30,  
Juliana Elisabet, Jorge Pérez de Mata

# Victoria Ache Aluciné



Montevideo

Salí de trabajar apurada y con el sabor amargo de no haber logrado todo lo que quería. Saqué del bolsillo un caramelo de miel y huaco que rápidamente saborearon mis mejillas. El aire estaba frío y pasaba filoso entre mis labios. El sol se acababa de ocultar y lo tibio de sus rayos ya era un mero recuerdo en mi espalda. Estaba segura de que terminaría el día en mi cama caliente, con la bolsa de agua y el aire acondicionado prendido. Llegando a la parada divisó el 149 que me dejaría a tres cuadras de casa. Hago seña y para frente a mí. Subo y está casi tan lleno como siempre.

Pasamos por la calle de la panadería de la rotonda y el olor a bizcocho recién salido del horno me hace agua la boca. Me imagino comiendo una margarita de crema junto al café con leche. Siento unos ojos clavados en mí a la derecha, giro y era Hernán, que intentaba saludarme, pero estaba al fondo del ómnibus. Iba con su mate inseparable y un auricular puesto. Yo sigo pensando en un café con leche, o capaz que dos. Me corro hacia el fondo y él se para para quedar a mi lado y poder charlar.

—¿Recién saliendo del trabajo? — Abre la charla.

—Sí, cansada y con hambre. ¿Y vos?

—Uy, si tenés hambre ya sé que estás de mal humor. Te invito una pizza.

No me lo esperaba, pero contesto que sí porque la pizza me encanta y su compañía también. Nos bajamos más adelante y caminamos hacia el bar al que ya habíamos ido en barra, con amigos.

—Una muzza y una cerveza, por favor. — Le pidió al mozo. Hablamos del trabajo, de la rutina, del cansancio, de las ganas de hacer cosas distintas. Hago chistes patéticos y Hernán se ríe. Yo también me río, y de repente parece que el día hubiera empezado ahí.

—Tenés la boca toda pegoteada, dijo y yo sentí el alcohol en mi cabeza.

—A ver, dijo y se acercó. Me dio un beso largo y sentí una mezcla azucarada de labios, cerveza, y su lengua que me excitó. Quería seguir, pero Hernán se despegó.

—¿Te sentís bien? — Me preguntó sentado frente a mí, comiendo un trozo de muzzarella.

—Creo que la cerveza me cayó mal, estoy alucinando. —Contesté

## Con voz de mujer

# Editorial Carta abierta a María Pombo:

## la apoteosis de la incultura orgullosa

Por su interés y porque la suscribimos al 100% reproducimos a continuación el siguiente texto, tomado de “la voz de cantoria” en Facebook

“(NOTA: Le escribimos esta carta porque ha dicho que “no sois mejores porque os guste leer, hay que superarlo”, convirtiendo una opinión personal en una apología pública de la incultura).

María, lo que usted ha hecho no es una simple declaración sobre gustos. No es un “a mí no me gusta leer” inocente. Lo que usted ha hecho es reivindicar la incultura como estilo de vida, convertir la ignorancia en bandera y, lo que es peor, presentarla como si fuera un gesto de autenticidad. No lo es. Es frivolidad elevada a doctrina. Usted dice que “no sois mejores porque os guste leer”. Es cierto, leer no convierte automáticamente en mejor persona. Pero no leer, y presumir de ello, sí dice mucho. Dice que se elige vivir en la superficie, sin cuestionar nada, sin ejercitar la capacidad crítica, sin asomarse jamás al pensamiento de quienes vinieron antes. Dice que se opta por la pasividad, por el consumo vacío, por la lógica del escaparate.

Lo grave no es que a usted no le guste leer. Lo grave es que, con 3,3 millones de seguidores, su discurso se convierte en altavoz de la banalización cultural. Que alguien con tanto alcance utilice su influencia no para acercar a la gente a un poema, a una idea o a un relato, sino para justificar el desinterés absoluto por la lectura, es un acto político. Porque en un mundo en el que el poder se sostiene sobre masas desinformadas, lo que usted hace es funcional al sistema.

Jesús Quintero lo dijo con claridad: “Siempre ha habido analfabetos, pero la incultura y la ignorancia siempre se habían vivido con vergüenza. Nunca como ahora la gente había presumido de no haberse leído un puto libro.” Usted encarna exactamente eso: la naturalización de la ignorancia como moda, la pose de influencer que convierte la carencia en identidad aspiracional.

No, señora Pombo. No se trata de que los libros sean un fetiche de superioridad moral. Se trata de que sin lectura no hay memoria, no hay pensamiento crítico, no hay posibilidad de emancipación. Quienes no leen terminan consumiendo titulares como dogmas, consignas como verdades y bulos como religión. Y eso sí que nos hace peores.

Su librería llena de figuritas y fotos no es un problema estético. Es el símbolo de una época: la cultura como decoración vacía, la inteligencia convertida en accesorio kitsch. Lo que usted defiende no es la libertad de elección. Es la renuncia voluntaria a pensar. Y cuando la renuncia se celebra, la mediocridad se convierte en norma.

María, su frase pasará a la historia como otra piedra más en la catedral de la estupidez orgullosa. La misma que aplaude realidades que embrutece, noticias convertidas en espectáculo y líderes políticos que confunden propaganda con verdad. Usted es parte del engranaje que fabrica mayorías dóciles, sin inquietudes ni memoria. Y por mucho que intente disfrazarlo de frescura, lo que ayer demostró no es autenticidad. Es servidumbre cultural. Es la confirmación de que vivimos en un tiempo donde la ignorancia no se sufre: se presume, se monetiza y se vende. Lo dijo Quintero: “Todo es superficial, frívolo, elemental, primario, para que ellos puedan entenderlo y digerirlo.” Usted es la prueba viviente de esa profecía. Y, créame, no hay nada liberador en ello. Solo hay decadencia.”



# Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº44 Noviembre 2025

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378

Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 32 páginas  
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5  
continentes, previa solicitud. 600 lectores directos,  
3200 seguidores en facebook

La Revista Caminante

no se hace responsable de las opiniones y  
redacciones de los autores que la  
componen. La participación es libre y no  
remunerada. Los textos e imágenes enviados  
están sujetos al criterio del editor. El autor  
conserva los derechos sobre su obra.

## Barcos de sangre rota

**Alberto Fernández González**

Línea invisible que nos separa  
de tu muerte y nuestro errar,  
de la historia de mi vida  
y el balcón de par en par  
calzando tus zapatillas.

Línea invisible que cruza el sueño  
cuando habitas sus rincones  
y llenas el escenario  
que tejen mis emociones.

Tú me trazaste el camino  
ahoyado por tus ancestros,  
y primero de tu mano,  
luego de tus silencios,  
aprendí a apretar los labios  
y a coagular sentimientos.

Sin palabras, sin caricias,  
sin romper los gruesos muros  
que ocultan el corazón,

sin brazos buscando abrazos  
ni paso ajustando el paso,  
sin demostrar nuestro amor.

Se me calcaron tus gestos  
y aprendí a amarte sin formas,  
lejanía, compromiso...  
amigo que nunca nombras.

Costaba decir "te quiero",  
compartir, besar, romper,  
y palpando tu partida,  
con el ánimo escondida,  
no pude beber tu sed.

Eran tus ojos míos,  
tus miedos mi propio ser,  
tu silencio letanía  
que a fuerza de hacerla mía  
tejió el mapa de mi piel.

Juego de toro y torero,  
con las bases imantadas  
que se atraen con precaución  
para evitar la cornada;  
juego de amor espartano  
que ama sin tender la mano  
que ya fue apuñalada.

Coágulos del amor,  
barcos de sangre rota  
que zozobran en la mar  
porque aman con reparos,  
huyendo siempre del faro  
que ilumina su derrota.

Línea invisible que nos separa,  
costura de una herida  
que nació cicatrizada  
de los labios de una daga  
que apuñala todavía.



## Todo está por terminar (XII)

En la planta superior de la vivienda, asimilable al concepto de bajocubierta actual, se ubicaba la “tenada”. Originariamente se empleaba para secar y conservar la hierba que serviría de alimento para el ganado. Después, con la falta de mis abuelos, se convirtió en un trastero para todo, ahí he descubierto verdaderos tesoros...

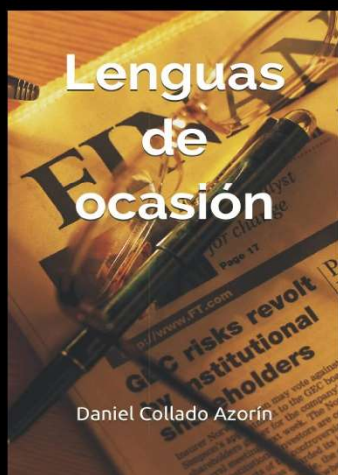
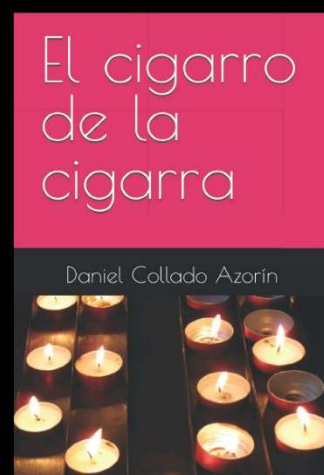
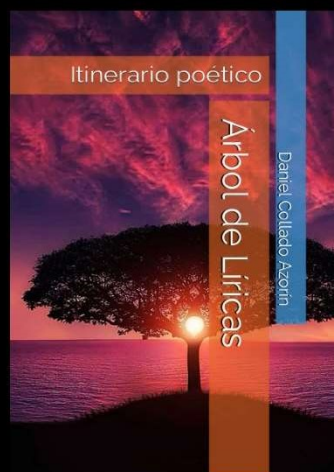
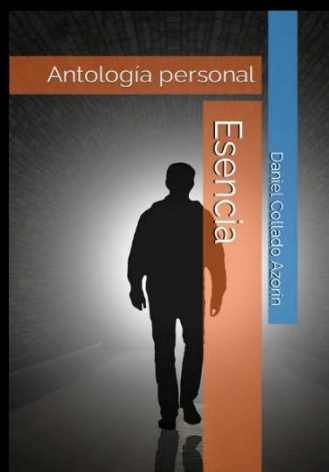
Cuando empecé todo el proceso de rehabilitación de la vivienda, me encargué personalmente del primer paso, actuaciones previas. Subir al desván era toda una aventura. La escalera era estrecha, de sesenta y cinco centímetros de paso, con una tabica de al menos treinta centímetros y una huella de trece en las partes más favorables. Por lo tanto, descarté efectuar el vaciado a través de ella.

Abriéndome paso a través de la mezcla de reliquias y residuos, descubrí el acceso por donde introducían la hierba para su secado desde el exterior. Un ventanuco de un metro por un metro con una tarabica (una especie de pasador de madera), que servía como cierre. Ese “descubrimiento” facilitó mucho el trabajo. Aunque lo difícil vino cuando tuvimos que decidir que dejar para una posible restauración, y qué tirar. Alacenas, baúles, maletas de la mili, antiguos molinillos de café, herramienta de labranza, cañas y aparejo de pesca, revistas y catálogos de hace más de 50 años, cofres..., varias vidas estaban allí almacenadas, y cada objeto había sido parte de ellas. Sin duda, cada elemento que descubría, me hacía trasportarme a la época en la que la casa había sido habitada. ¡Cuánto frío habrían pasado!, era uno de los pensamientos más recurrentes.

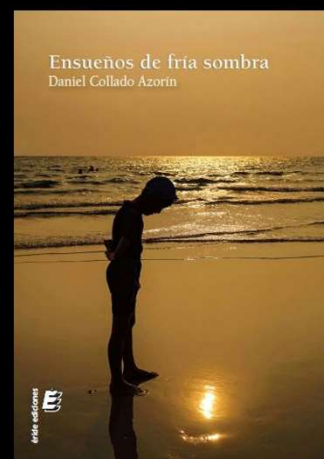
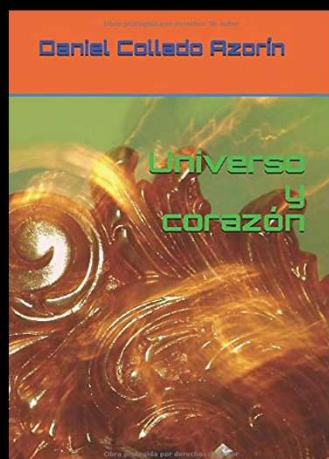
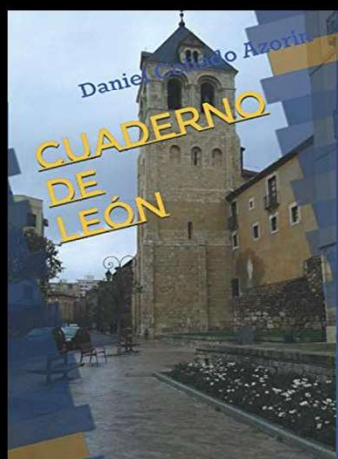
Desde la parte superior de la vivienda, pude leer de forma aún más clara la estructura de la casa. La pared de la fachada norte era un muro completo de mampostería de unos ochenta centímetros de espesor, el resto de fachadas mantenían la piedra solo hasta la primera planta. La estructura era íntegramente de madera, mediante vigas de madera rudas, con sección más bien circular, sobre la que descansaba un solado doble de madera de castaño. La cubierta estaba sujeta por tres tijeras de madera que permitían otorgarle una elevada inclinación a la losa de pizarra que revestía el exterior. Lo cual generaba una altura en el interior superior a los dos metros en todos los puntos, llegando a los tres metros en la zona de la cumbrera, y rebajándose en el encuentro con el forjado de la cubierta de la primera planta, sobre el que se había ejecutado un pequeño tabique de continuación de fachada, permitiendo colocar en él unas ventanas de pequeñas dimensiones a la cota del suelo. Perfectamente estudiadas, pues además de ubicarse en la zona de mayor exposición solar, gozaban de una vista estupenda del valle que nos regalaba sus vistas. Mi padre siempre habla de las fuertes nevadas que caían antaño, así como recordaba a mi abuelo vanagloriándose de la cubierta que él mismo había ejecutado; sobredimensionada, lista para soportar cualquier inclemencia meteorológica y de la que él mismo, como buen autonombrado, jefe de obra, garantizaba su durabilidad más de cien años.

Efectivamente desde mi punto de vista actual, la cubierta posee una estructura sobredimensionada para los empujes y cargas que debe soportar; pero aportándole una visión romántica, y por supuesto dejando de lado los sobre costes que ello pudiera reportar, genera un espacio un tanto bucólico en toda su extensión. Todos los componentes están en perfecta sintonía, tanto a nivel visual, como funcional. Aunque aún está en fase de anteproyecto en mi cabeza, me gustaría contar con este espacio de la casa como lugar de creación, reflexión y aprendizaje. Traducción: un pequeño estudio/ despacho, que albergara mi primera mesa de dibujo, que aún conservo, todos mis libros y que sirviera además de zona de desconexión total donde dar forma a mis proyectos o disfrutar de un buen libro. Las tres tijeras sirven como elementos de articulación, a la vez que son generadoras de espacios independizados. Una zona de biblioteca y lectura, una zona de despacho para trabajo “diario”, y otra zona artística para dibujar y recuperar el buen hábito del dibujo a mano alzada. Donde quien sabe si otras generaciones venideras puedan aprender a disfrutar de la simpleza, alejadas del gran bullicio de las redes sociales y el contenido audiovisual que a día de hoy nos azarienta aún más nuestros acelerados días.

**Elena Bravo Delgado**



*escritordaniel.es*





# Una respuesta

## (Cartas al editor 5/9/2025)

Respetado señor Azorín, no te escribo esto para que me publiques (trataré de hacerlo impublicable, por si acaso, con algunas precauciones como la extensión desmesurada o la informalidad algo desmañada) sino para decirte algunas de las cosas que pienso sobre tu revista en la que he participado vivamente y sigo intentando participar.

Es cierto que los escritores desconocidos no nos leemos mucho entre nosotros, al menos eso es cierto para mí con respecto a la revista en que he visto mis textos publicados. Eso puede deberse a varias razones: efectivamente, como dices en el editorial de este mes, nos interesa más que nos lean que leer a otros de dudosa calidad e interés, por otra parte, la facilidad que supone verse publicado aquí no habla muy bien de la calidad de los textos, además, habiendo tanto bueno que leer, no querríamos perder el valioso tiempo dorado leyendo cosas que no nos empujen en la dirección más apropiada y contaminan el desarrollo de nuestro propio y precioso arte, al fin y al cabo, al ser una revista tan miscelánea, lo único que tenemos en común con otros participantes es muchas veces exclusivamente el lugar en que aparecemos.

Otra razón habría que buscarla, y efectivamente la encontraríamos, en la renuencia de los grandes o medianos genios a estimar las producciones de otros grandes, ya sea por envidia, rivalidad latente, especificidad recalcitrante o manías propias de los genios excéntricos que les enceguecen

para la apreciación de lo diverso, no faltan ejemplos de desprecios ejemplares en el terreno de la literatura y el arte en general. Como los que escribimos aquí (al menos hablo ahora por mí mismo), somos también genios, aunque sea pequeñísimos (pero no por eso menos egoicos), también nos despreciamos mutuamente en la medida de nuestras posibilidades, o al menos (hablo por mí) no prestamos demasiada atención a la generalidad de concurrentes, a no ser que rara vez algo nos llame poderosamente la atención. Sé que al hablar así no estoy siendo especialmente alentador para tu revista y quizá pueda parecer interesado y poco agradecido, pero si la revista ha de salir adelante no será por su difusión interna sino porque despierte interés a una variedad de público exigua pero heterogénea. Creo que te he dicho alguna vez que no veo la utilidad de los colores y sombreados, que no aportan nada al texto y dan un aspecto de colorido insustancial y entorpecen la lectura, la tipografía debería ser de tamaño suficiente y sencilla para facilitar la lectura fluida. En cuanto a los poemas publicados, me parece en conjunto un cajón desastre en el que lo poético se escabulle entre tanta palabrería almibarada que realmente no dice nada ni deja esos destellos en el alma que esa poesía intenta provocar con artificios tan rebuscados como inútiles. Un ejemplo de esto serían los versos que aparecen en la portada de este mes

en el que, por una vaga pretensión poética desmesurada, el todo evocado por el poema termina siendo efectivamente nada en la lectura, sin que tampoco pueda decirse que esta mía sea una interpretación muy acertada o propiciada por lo escrito ahí. Podrían multiplicarse los ejemplos, pero con este creo que es suficiente para mostrar la endebilidad de los textos y la poca simpatía que nos despiertan la mayoría de las veces los escritos de otros que no se atienen a una rigurosa estética y cierta consistencia intrínseca disciplinada.

Lejos de intentar desanimarte con el proyecto, sin embargo te felicito por tu paciencia y esforzada perseverancia (como muestra de las cuales estaría también el llegar aquí leyendo puesto que si no llegas tampoco mi mensaje encontrará resonancia o refutación), que al fin y al cabo tienes la última palabra, no de quien hace lo que le da la gana sin prestar atención ni contemplar opiniones o críticas divergentes o empecinadas, sino de quien tiene un criterio propio que se ve afectado con integridad por aquello que honestamente no puede dejar de sentir tal vez oportuno o digno de consideración. Por lo tanto, mi única recomendación práctica es que para evitar una gran acumulación de textos en lista de espera que siempre crece desbordante, rechaces más sin contemplaciones según tu propio criterio de adecuación, aunque al decir esto sean mis propios textos, demasiados realmente para ser publicados aquí, los que sean así descartados sin contemplaciones.

Atentamente, ánimo y valor, agradecimientos y solidaridades, fortaleza y templanza, y además sabiduría con cierta condescendencia y muchísima paciencia.

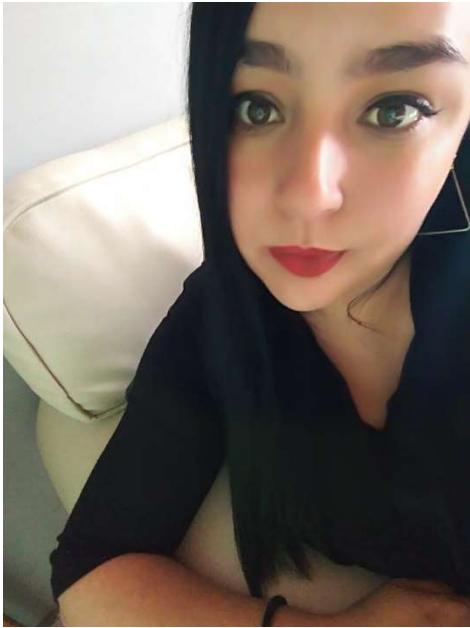
**Esteban Rodríguez  
Arroyo.**



Visite la web del editor

**escritordaniel.es**





## Poeta Lau Moya

Bogotá-Colombia

### Complicidad

No quiero que jamás mis labios me nieguen el sabor de tu piel.

Que mi memoria se niegue a registrar el testimonio de tu alma, transitando los caminos de mi memoria.

No quiero perder de vista esos dos astros anclados a tu rostro, iluminando las noches sin estrellas, con ausencia de palabras y exceso de recuerdos.

He escrito en mi cuaderno de importantes, las veladas que me faltan de tu cuerpo perpetuando la pasión en los escondites secretos de mis costillas.

Quiero dormir como una niña serena en tus brazos, crear universos de luz con mis dedos en tu espalda y escribir en el papel imaginario de tu cuello, mi nombre.

### Recinto

Recibiré en la vasija de vientre tus estrellas, dejare que germines en la tierra húmeda de mi piel.

Quiero atravesar el cielo de tu pecho como una gaviota y dejar en tu lengua el rastro imborrable de los dos frutos que maduraron en mi pecho.

Estoy llena de ti, recorriendo mi bosque, encendiendo el fuego que estremece mis raíces sin consumirlas.

Tus dedos me recorren como si fueran aves migratorias recogiendo lo mejor del paso de la primavera.

Me deslizo por tus piernas de terciopelo, mi lengua camina como un pavo real por tu pecho y cuando entras en mí, logras llevarme directamente al lugar donde sucede el poema.

### Caminos

Has logrado quebrantar mi voluntad, tus caricias son un baile místico sobre los azulejos de mi piel.

Encajas a la perfección en el cerrojo de la puerta, que abre al cosmos de mi naturaleza salvaje.

Tus besos siempre son oportunos, como la palabra que cierra el poema que inspira, como el orgasmo que aterriza en la mitad de la noche.

Eres como esa brisa en verano refrescando mi espalda, mientras traspasas la brecha entre mis muslos.

Con tu dulzura extrema sonríes, mientras me susurras al oído que entre la tentación y el amor solo existen dos puntos suspensivos, que se ocultaran antes de que nos sorprenda el amanecer.

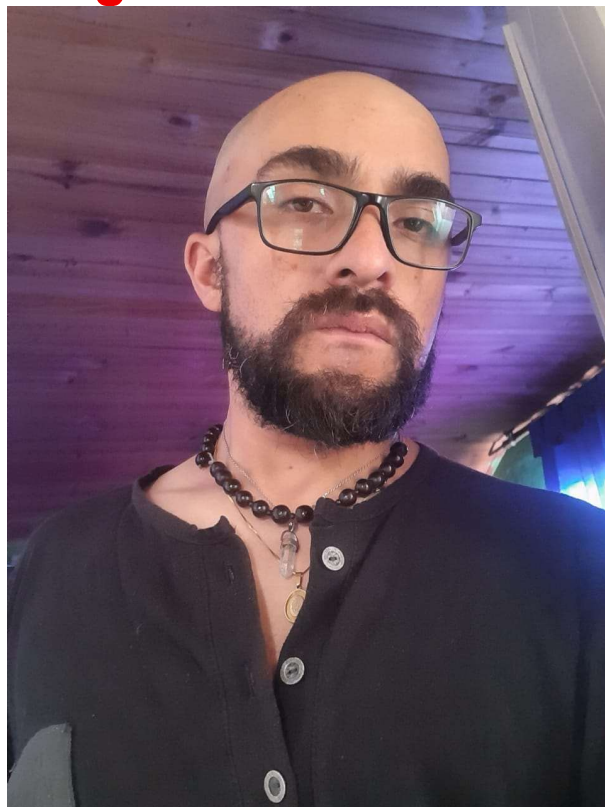
# NÉMESIS

Desde el manantial de tu energía,  
en el perpetuo fluir del brillo,  
tus cálidas aguas  
impregnan la vida,  
permean tu esencia.  
En el vientre del espacio  
se gesta cada criatura,  
en estrellas y galaxias,  
a partir del cáliz de la Tierra  
en comunión con el universo.  
Dedicadas están mis letras,  
forjadas en el magma  
de mi hacha de doble filo,  
destrozando barricadas de dualidad,  
hasta abrirse paso  
al sendero que conduce a ti.  
Sin temor a la Gorgona,  
ni al ondular de la serpiente,  
observaré sus ojos  
sin convertirme en piedra.  
La proeza del héroe  
se transforma en palabras,  
comprensiones y acordes.  
Se extiende un puente,  
un camino de rocas  
labradas en mármol,  
hacia el centro de tu galaxia,  
dentro del espacio sagrado.  
El canto solemne retumba,  
el corazón vibra;  
escultor,  
forma con tus manos su figura,  
enamora a la celeste doncella  
y rescatarla del sueño  
del abismo cósmico.

La dama bailará al ritmo de mándalas,  
a la cadencia de palabras,

al compás de la etimología  
y los significados.  
Caminarás de nuevo  
en los jardines de antaño,  
arquitecturas de simétrica belleza.  
En la antesala de tu danza,  
florecedrán las flores  
al interpretarse tu canción eterna.  
Nos reencontramos otra vez,  
en el drama de la simulación universal.  
En la otredad,  
el límite...  
y a su vez,  
la infinitud en movimiento.

**Alvaro Giovanni Cruz  
Garzón "Apócrifo"  
Bogotá D.C Colombia**



# COSTILLAS DE ADÁN

Las bellísimas mujeres se miraron y rieron, con picardía, con complicidad, con cierto aire de descarado sexual, contagioso.

—Entonces, ¿se van con nosotros?

La pregunta la hizo el más alto del grupo, también el más guapo y fornido, un rubio de ojos azules. Estaban los siete en una de las mesas redondas del bar, en una esquina menos expuesta a la ya poca luz de las lámparas en el techo.

El ambiente era el propicio para los adictos al desenfreno: alcohol, drogas, música, diversión; locura de fin de semana para estudiantes en el lugar con los ingredientes del entretenimiento, que se volvió el predilecto de la juventud en la zona. Como parte del enganche, el propietario les permitía a las bandas y solistas estudiantiles descargar sobre una pequeña tarima en cualquier género que le gustara a la clientela. Así que, desde la entrada, todo era bullicio, bailoteo al compás de la música bien alta, las mesas repletas de bebida y comida, los dependientes yendo y viniendo, y una inconfundible nube siempre pendiente, envolviéndolos a todos, con su característico olor, de lo que se fumaba.

Aunque lo que se inyectaba o se olía era permitido igualmente, con cierta discreción.

—Ustedes nos gustan —comentó la pelirroja de ojos verdes—. Ya se lo demostramos. No veo por qué no.

—Es que no queremos que después de tanto manoseo nos dejen con las ganas, conejitas

—puntualizó el mismo hombre—. Nos ha pasado antes.

—No lo hará con nosotras —aclaró la mulata de ojos grandes y alargados color miel, y añadió—: La niña es bella.

La mulata y la pelirroja volvieron a mirarse y reír. Estaban sentadas frente a cinco jóvenes —una fémina y cuatro varones—, frescos, aventureros, con ganas de alejarse de los libros y el campus para hacer lo que la juventud hace —pasarla muy bien mientras dure—, que había decidido llevarlo a cabo esta noche en el lugar predilecto del estudiantado. Así que partieron con su espíritu bien alto —como siempre— y los deseos de ligar desconocidos con quienes pasar una noche loca de sexo y juerga.

—Pero todos estamos incluidos, ¿cierto? —preguntó otro de los jóvenes, uno de los castaños con ojos negros.

—Quien quiera divertirse con nosotros tiene que hacerlo con todo el grupo —aclaró «la niña».

Eran como una fraternidad en la que entraban y de la que salían «amigos» —léase lo mismo conocidos que extraños del plantel—, que accedían a compartir con ellos noches de excesos de sustancias enajenantes legales o no, y sexo, en abundancia y liberal, experimental incluso, pero sexo, al fin y al cabo. Crearon el grupo cuando ya la joven se había cansado de las orgías con sus cuatro amigos y quería compartir este tipo de relación con más hombres y mujeres. Entonces, les propuso extender el entretenimiento a quienes pensarán o actuarán como ellos. Lo cual no fue nada difícil de realizar, pues enseguida encontraron adeptos que andaban tras lo mismo.

De vez en cuando, no obstante, su apetito sexual y deseo de acumular experiencias distintas los llevaban a otros lugares, concurridos como este, de donde pudiesen obtener participantes casuales de sus orgías. Trataban de involucrar gente de ambos sexos —con poca restricción por edad, aunque sí por apariencia—, porque no podía quedar la duda: era para compartir con el grupo; nadie se iba por su cuenta. ¡A ellos les encantaba el sexo en grupo!

—Por supuesto —contestó la mulata, sonriente—. Los varones son atractivos y se ven muy atléticos.

—Tienen torsos anchos —observó la pelirroja.

—Deben tener costillas grandes —añadió la mulata.



—Van a darnos una clase de anatomía —se mofó el otro castaño del grupo, con el pelo por los hombros.

—Para nada. —La mulata sonrió—. A veces se nos sale la ocupación sin quererlo.

—¿No serán carniceras? —bromeó otro rubio, con un corte moderno y el pelo engominado.

—La mujer salió de una costilla del hombre —comentó la pelirroja, acariciando la caja torácica del castaño de ojos negros a su lado.

—No se van a poner bíblicas, ahora, ¿cierto, nenas? —preguntó este.

—Bíblicas —repitió la mulata, y las desconocidas se echaron a reír.

Esta noche, en medio de toda la oferta que pululaba alrededor, a los amigos les llegó un plato fuerte, apetecible desde su presentación: ellas dos. Altas, magníficas, provocativas, jóvenes. Sus rostros eran tan angelicales que el cantinero les hizo mostrarle sus identificaciones al sentarse en la barra a pedir un par de tragos para comprobar que no eran adolescentes. Una mulata y una pelirroja, con cabellos rizados, largos hasta casi la mitad de la espalda, llenas de curvas como si hubiesen sido moldeadas por un artista. Y abundante, firme carne: en las nalgas pronunciadas que amenazaban asomarse por debajo de los cortos vestidos; en los senos sin sostenedores, por lo cual aquellos protuberantes pezones iban por delante de sus dueñas abriéndoles camino, mientras los escotes mostraban la tersa piel en los pechos; en las piernas, gruesas, duras, con anchos tobillos.

—Nosotras somos más diablillas que angelitos —dijo la pelirroja, poniéndole mucho morbo a su expresión facial y metiendo una mano entre las piernas de «ojos negros», a su derecha.

—No creo que a nadie le quepa duda de eso a estas alturas —comentó «el peludo»—.

Aunque a nosotros no nos interesa, ¿verdad, Manuel?

—Para nada, Roy —respondió «ojos negros» a la izquierda del melenudo, mientras ambos chocaban los puños.

—Aunque hay quien prefiere a los inocentes —acotó la mujer del grupo, apuntando con la barbilla al rubio del pelo engominado—. ¿No, Brad?

—Inexpertos para enseñar y vírgenes para iniciar, Maryam —aclaró Brad—. Pero yo como de todo.

—Pues, nosotras sabemos dar placer —anunció la pelirroja.

—Sin inhibirnos ni escatimar —agregó la mulata—. ¿Ustedes tienen eyaculaciones abundantes?

—Ya verás cuando te llene la cara con mi descarga, nena —alardeó Manuel.

—No, la queremos dentro —aclaró la pelirroja. Los hombres hicieron exclamaciones de aceptación, y Maryam sonrió, con expresión un tanto embarazosa.

—Te salió competencia, Maryam —comentó Brad.

—A ti te llevaremos más allá del sistema solar, preciosura —aseguró la pelirroja, acariciando con suavidad el rostro de la morena con una mano.

—Y te traeremos de vuelta. —La mulata alisó el negro y lacio cabello de la muchacha.

El rubio guapo de película dio una palmada.

—¿No te dije, Brad? —Y le dio un ligero codazo al compañero a su derecha—. No me equivoqué cuando les dije que teníamos que enganchar a estas dos bellezas.

—Es tu buen ojo, Sam —le apoyó Brad.

Desde que las viera entrar y sentarse a la barra, Sam llamó la atención del resto del grupo sobre ellas. Desde entonces, comenzó la lucha contra otros aspirantes por conquistarlas.

Ellas, por su parte, derrocharon su gracia bailando, deslumbrando a los hombres —y a muchas mujeres—, que las miraban con pensamientos y deseos lúdicos, deseando tener esos cuerpos en sus camas —o dondequiera—, revolcarse con ellos, estar entre sus piernas, hacerles sexo hasta lunar..., si existiese. Las codiciadas beldades, empero, se enfocaron en el grupo lujurioso, de jóvenes apuestos, cuerpos atléticos y, de seguro, bien dotados. Y también aquella delicia femenina de diecinueve años: morena, de ojos azules, piel aceitunada, con un cuerpo de tamaño promedio muy bien formado.

—Pues nosotros también damos mucho placer —alardeó Sam, y se pasó la lengua por los labios—. Las voy a llevar a la luna y de regreso, diablillas.

—Me gusta la gente tan segura de sí misma, Sam —le elogió la mulata con voz muy melosa.

—Puedes estar segura, corazón —intervino Brad y apretó la portañuela del pantalón del hombre—. Este caballo entre sus piernas te llevará a galope mucho más allá del sistema solar. Ya yo fui y vine.

Se formó un corto alboroto en el que las botellas de cerveza se elevaron y chocaron en el medio de la mesa. Tras el brindis:

—Y a ustedes, ¿cómo las llamamos? —se interesó Roy.

Las desconocidas se miraron y sonrieron. Contestaron al unísono:

—Fuego.

—Noche.

—¿Bromean? —intervino Maryam, sentada entre las otras dos mujeres, y las miró por turno, incrédula.

Tras, la primera invitación a tragos y el primer baile compartido, los amigos lujuriosos compartieron su mesa con las codiciadas mujeres. A ambos bandos les encantó la empatía que tuvieron desde el primer acercamiento. Los ojos de los lujuriosos no dejaban de resbalar por las pieles de las eróticas criaturas, ni sus mentes de imaginar la belleza de las bondades ocultas; incluso sus bocas degustaban el sabor del sudor y los líquidos seminales de aquellas «bestias del

placer» en medio de explosiones orgásmicas. Porque así las imaginaban: como dos bestias del placer.

Ellas, por su parte, se divertieron con la frescura, la constante picardía y el descaro explícito con el cual los jóvenes flirteaban y exponían sus intenciones. En respuesta, ellas les dieron muestras abiertas de que serían complacidos porque todos estaban en la misma frecuencia: les deslumbraron con la longitud de sus lenguas, y hasta les hicieron probarlas en largos besos que cortaban la respiración, y se dejaron manosear e hicieron lo mismo con los jóvenes. No demoraron en tenerlos tan excitados que ellos no admitían ya otra cosa sino entrar en acción.

—No me interesan los nombres —dijo Sam; levantó las manos hacia las «bestias»—. La

noche está en llamas. Música para mis oídos.

Los jóvenes levantaron otra algarabía y volvieron a brindar. La mulata dijo:

—Pues, no veo qué más tengamos que hacer aquí.

—Ni yo tampoco —convino Sam, levantándose.

—Ya estoy en el pago. —Brad levantó y agitó un brazo para atraer la atención de una camarera cercana.

—Tenemos el lugar perfecto para lo que vamos a hacer —señaló Fuego.

—Discreto y con las condiciones idóneas para el disfrute —añadió Noche.

Se fueron a un motel al borde de una carretera rural que salía de la ciudad en la camioneta que usaba el quinteto, guiados por las beldades desconocidas. Al bajarse, tres mujeres jóvenes en vaqueros ajustadísimos y camisetas muy reveladoras, que iban atravesando el estacionamiento hacia un auto, intercambiaron miradas y sonrisas con el grupo. Uno de los jóvenes le dio un codazo a otro para llamarle la atención sobre esto.

Noche abrió la puerta de una de las habitaciones e invitó a todos a pasar. El interior era muy acogedor, con luces muy bajas provenientes de lamparitas colgadas en las paredes que les convirtieron a todos en sombras rojizas en la penumbra. La temperatura refrescó las pieles que

traían prendido el calor de afuera. Imitando a las anfitrionas, los visitantes se quitaron los zapatos y avanzaron al interior de la habitación sobre una afelpada alfombra. Un perfume peculiar les provocó aspirar profundamente a los recién llegados.

No había ventanas, pues las paredes y el techo eran espejos que rodeaban un amplio círculo en el centro, hundido al menos un metro en el piso. Dentro, bloques rectangulares de diverso tamaño estaban distribuidos según un peculiar diseño, escalonado, y todo forrado con terciopelo

rojo.

—¿No hay cama? —se extrañó Roy—. ¿Es aquí donde lo haremos?

—Este es «el lugar del placer» —contestó Fuego, que al dejar caer el vestido al piso quedó desnuda.

—Está diseñado para lo que necesitamos —añadió Noche, quien secundó a su compañera—. Ya lo verán cuando lo usemos.

—¿Terciopelo rojo? —observó Maryam, y sonrió—. Un clásico.

—Parece piel —intervino Brad.

—Me encanta el perfume —opinó Maryam—. Es... embriagador.

—Más que la marihuana —dijo Manuel, entornando los ojos—. Terminaré borracho...

—Es un elixir para multiplicar el deseo —explicó Noche, sonriente, desabotonado la camisa de Sam.

—Y las paredes son a prueba de sonido —informó Fuego, sacándole la camiseta a Maryam—, así que no se inhiban de nada.

—No lo haremos, criaturas —aseguró Manuel, en tanto se aproximaba a Fuego y se despojaba de la camisa. Las desconocidas empujaron con suavidad a los amigos hacia el interior del círculo, y optaron por comenzar primero con la joven del grupo.

Lo hicieron sin prisa, comenzando con los besos, ya subidos de tono desde el principio.

Mientras las lenguas se enredaban entre sí y los labios se aplastaban unos contra otros en un baño de saliva, las desconocidas desnudaron a Maryam en un santiamén y la atacaron con denuedo y asombrosa sintonía con sus gruesas lenguas y sus incansables manos, manoseando cada centímetro de ella, girando a su alrededor como satélites en torno a un planeta, sin darle descanso.

Dos de los jóvenes se aproximaron al trío para sumarse al placer, mas las bestias frenaron sus intenciones.

—Nosotras les diremos cuándo comenzar —dijo Fuego, cortante.

Así que los hombres tuvieron que asistir al gozo de las mujeres con las ansias apenas contenidas pues, ya desvestidos, no dejaban de manosear sus penes erectos. Noche, con una sonrisa, les hizo señas para que se les unieran, lo cual ellos hicieron con premura..., pero con cierta torpeza al andar, riendo como tontos, con esa expresión estúpida que el estupor había puesto en sus caras.

Fuego se encargó de Maryam y Roy, en tanto Noche se insertó en el trío de hombres restante.

Los lujuriosos se entregaron, complacidos, a la experiencia demostrada por las desconocidas quienes, de hecho, llevaban las riendas del goce. Con una precisión de reloj suizo.

Casi al unísono, los hombres entraron en el clímax y sus frases obscenas dichas en voz alta para excitar —y excitarse— pasaron a ser fuertes jadeos al borde de la eyaculación, la cual vino

como nunca, con gritos de placer y espasmos que sacudieron sus cuerpos, y hasta los pusieron bíblicos: mencionaron al pastor del rebaño en incontables ocasiones. Al término de este viaje divino, se relajaron tanto que quedaron en un estado de ensoñación.

Fuego dejó de sobar la vagina de Maryam y le propinó un puñetazo en el pecho que la hizo deslizarse por el forro de terciopelo y chocar con el borde del círculo; allí quedó, boqueando por aire.

Las «bestias del placer», al unísono, chillaron como gatos enfrentados en una riña, crisparon sus dedos ahora llenos de largas garras, y atacaron a Roy, Brad y Manuel, quienes descansaban bocarriba: les hicieron cortes profundos en partes estratégicas del cuerpo por donde comenzaron a desangrarse. A pesar de la embriaguez, los hombres gimieron de dolor, pero por igual motivo no fueron capaces de poder defenderse de las depredadoras: cada mujer desgarró la piel del pecho de una víctima, partió las costillas a ambos lados y mutilaron los pulmones. Los gritos de los jóvenes se ahogaron en la sangre que ascendió por sus gargantas y fluyó como un arroyo entre sus dientes.

Fuego saltó sobre la espalda de Roy, que se había tumbado boca abajo en otro cojín. Hizo rápidos y precisos cortes en la piel, para poder agarrarla y abrirla como una ventana; la piel crujió mientras se desprendía de los músculos, y el desdichado ahogó el grito en el cojín contra el que se aplastaba su cara. La mujer aferró las costillas y las haló hacia arriba. Los huesos se partieron ante la fuerza recibida, salpicaron sangre, y todo el interior quedó expuesto.



Entretanto, Noche se plantó de un brinco entre las piernas de Sam quien, sentado y recostado; al borde circular, manoseaba su pene a fin de prepararlo para otra penetración.

—Eres el más duro, ¿no? —comentó la mujer, con una sonrisa de hiena.

Drogado y ocupado en su faena, el hombre no reaccionó con prontitud a los quejidos de sus amigos, así que cuando prestó atención, las uñas de su «conejita» le abrieron el abdomen; la mulata metió las manos y haló las vísceras del joven, que profirió un alarido de dolor y asombro.

Acto seguido, la asesina cortó las femorales de Sam, quien en breve flotó en la sangre que corrió a unírsele al resto del río rojo alimentado por los otros varones.

¿Y la mujer del grupo?

Cuando logró tomar suficiente aire para normalizar su respiración, la carnicería casi

terminaba. Su bello rostro se transformó en una tensa pincelada de terror, estática, como plasmada en barro, humedecida por el llanto quedo e imparable de sus ojos embriagados sí, pero conscientes lo necesario como para entender y quedar congelados en las imágenes de aquellas dos depredadoras que se movían sobre los cadáveres de sus amigos.

Hasta que aquellas repararon en Maryam. ¿Es que acaso la habían olvidado? Ni hablar. Las «bestias del placer» parecían haber anticipado su reacción, por eso la dejaron para última. Dirigiéndole, ahora, miradas lascivas, las hermosas asesinas fueron arrancando todo el costillar de los jóvenes y lanzándolo al centro del círculo. Con los movimientos de un felino, la pelirroja se le acercó, la asió por un tobillo, y la deslizó hacia sí por aquella laguna de sangre fresca que cubría todo el piso del redondel.

Despacio, ambas desconocidas se colocaron a cada lado de la morena. Con sus manos, comenzaron a embadurnarla de sangre. Era más un placer erótico que sádico. Las mujeres deslizaban los dedos por la piel de la muchacha con delicadeza, cubriendo cada palmo de ella, sobando todas sus áreas de excitación sexual, sin arañarla, pues sus terribles uñas se habían

recogido. La besaban y pasaban sus exageradas lenguas por su cara, sus pezones, los labios de su vagina, el clítoris y el ano. En breve, Maryam cambió su cara de horror por la del placer, y sucumbió al trabajo de aquellas dos máquinas del gozo.

—Eres divina, Maryam —susurró Fuego.

—Te deseamos, belleza —aseguró Noche—. Vas a convertirte en algo extraordinario.

El dúo mortífero continuó masajeando con sangre el cuerpo de la morena, pero pasaron a una nueva fase: con suavidad, introducían las costillas de los hombres por su vagina y su ano sin hacerle caso a los gemidos de la joven ¿Adónde iban todos esos elementos óseos? Las bestias

continuaron introduciendo los huesos en el cuerpo vibrante, convulso de Maryam, ahora con otro proceder: cortaban la piel y empujaban con una mano los pedazos planos y curvos lentamente, con estudiada parsimonia, mientras la otra mano la mantenían sincronizada con la lengua para guiar a su víctima en la ascensión de la escalera de orgasmos, peldaño a peldaño, lo cual se les daba a pedir de boca.

Cuando Maryam quedó erizada de huesos, las otras mujeres se contorsionaron y, tras los estertores, vomitaron todo el semen en ellas descargado por los difuntos. Parte lo depositaron en la boca de la muchacha, cuya única reacción ahora eran cortos espasmos de su cuerpo. El resto lo regaron por el cuerpo ensangrentado, cuidando que penetrara por las heridas abiertas con los huesos. Apenas había pasado un minuto cuando Maryam lanzó un gemido, largo, penoso, en tanto se retorció en la sangre. Los huesos se hundieron en su carne hasta desaparecer. Las beldades diabólicas se levantaron con rapidez y se miraron.

—Ha empezado —dijo Noche, con cierto asombro.

—Más rápido de lo esperado —puntualizó Fuego.

Con los dientes apretados, Maryam desgarraba su garganta con gritos prolongados, sin duda alguna de dolor. Sin embargo, la quietud al fin llegó. Maryam se sentó por unos segundos, se puso luego de rodillas y, al final, se irguió. Su piel empezó a estirarse, como

hinchada con aire a presión... o como si alguien la empujara desde dentro.

Eso era, precisamente, lo que acontecía. Maryam abrió los brazos y echó la cabeza hacia atrás; la primera de sus «hijas» sacó los brazos por una larga rasgadura hecha en un costado y fue a dar de bruces al piso. Las dos siguientes salieron por su espalda a un tiempo, dando un paso —literalmente— al mundo. Maryam abrió las piernas para permitirles a dos recién nacidas más precipitarse a tierra. Al llegar a siete, los infantes dejaron de aparecer.

—Son niñas hermosas —se regocijó Fuego.

—Divina nuestra apetitosa Maryam —completó Noche.

Las recién llegadas eran niñas de dos a tres años de edad en apariencia, sin malformaciones, y caminaron, aunque con cierta falta de sincronía de sus extremidades, alrededor de las mujeres.

Maryam, por su parte, no había concluido. Ante los extrañados —y asombrados— ojos de las otras dos, su cuerpo fue adquiriendo mayores dimensiones: las piernas, los brazos, el torso, la cabeza. Todo fue creciendo hasta que su altura llegó a dos metros y su estructura aparentó ser la de alguien muy corpulento. Al concluir su expansión, Maryam aferró la piel de su cuello con una mano y tiró de ella, estirándola, hasta que su resistencia cedió en las heridas. De un tirón, entonces, Maryam arrancó toda la cubierta de su anatomía desde los tobillos y se la sacó sobre la cabeza, para después tirarla lejos de sí. Finalmente, se despojó de lo que quedaba en los pies como si se quitara unos calcetines.

Las mujeres exclamaron y saltaron hacia atrás.

—¡Un macho! —anunció Fuego, con la vista puesta en el despampanante péndulo que colgaba de la inglete del nuevo ser.

Sin demora, ella dio un salto sobre el gigante, mas su ataque concluyó cuando la manaza de aquel aferró su cuello al vuelo y la dejó colgando de su brazo extendido.

—Vu-ace-karól-metlá —dijo el hombretón con voz profunda, estirando las palabras.

—¡El rey en la sombra! —la voz de Noche sonó temerosa y desconcertada.

—Sí..., ese soy —admitió el rey y dejó caer a la pelirroja. Las mujeres se pusieron de rodillas y tocaron con sus manos los pies del rey. Las niñas dejaron de deambular por la habitación para retornar al círculo a rodear al hombre untado en la sangre de la extinta morena.

—¿En qué cantidad existen? —preguntó él con su voz pausada.

—Todo este albergue está llena de nosotras, mi Rey —contestó Noche.

—Yergan sus cuerpos —ordenó el soberano.

Las mujeres se levantaron y el ser rojizo les obligó a mirarle a los ojos empujando con suavidad sus mentones con las manos.

—A aumentar mi prole he venido —anunció—. Para escuchar mis órdenes, colecten al resto.

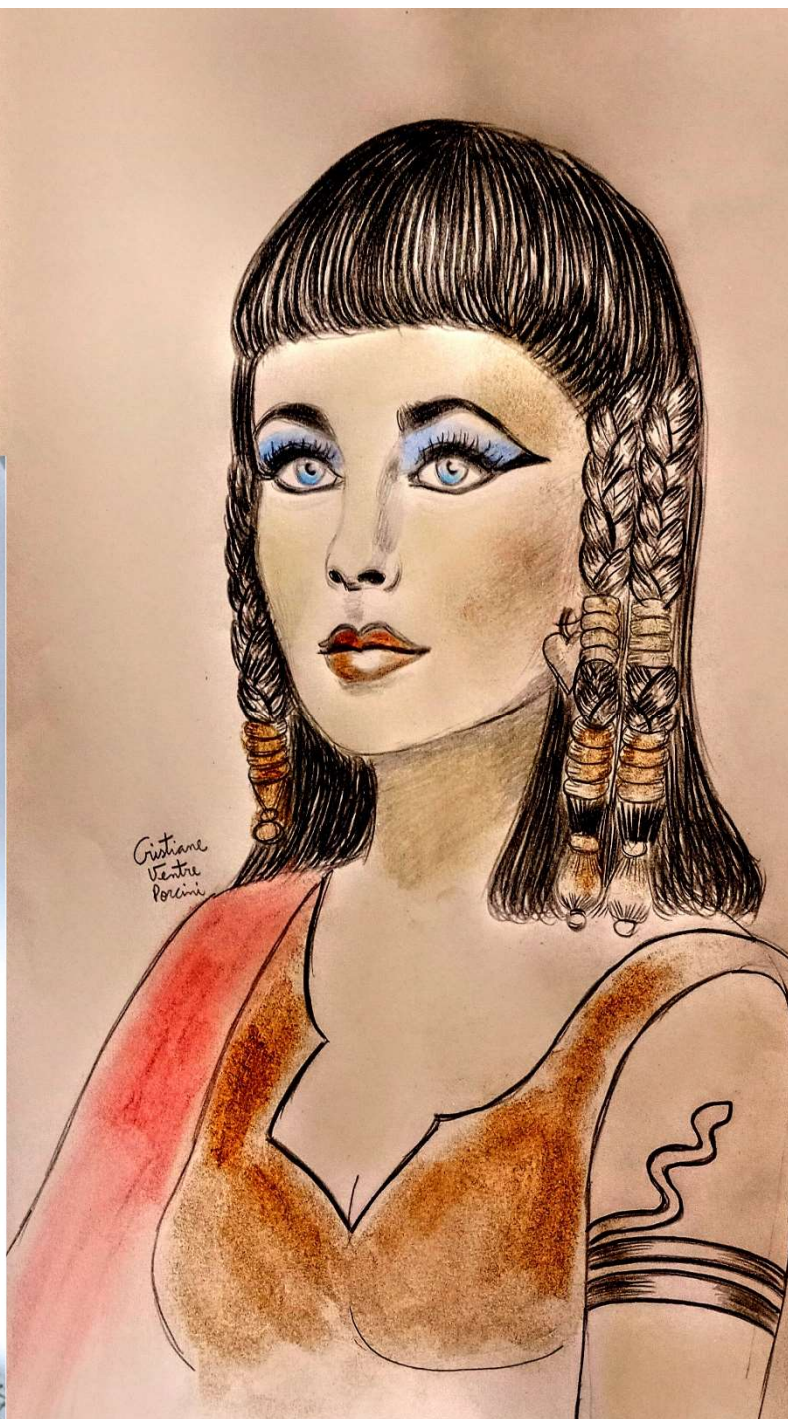
A mí tráiganlas. A todas las recién llegadas a la luz, en cuanto lleguen a la madurez necesaria, para mis semillas preparen. Por su bien, no me demoren. Hizo un ademán con las manos para que sus instrucciones fueran ya ejecutadas. Las mujeres agruparon a las pequeñas y salieron todas por una puerta lateral, oculta tras uno de los espejos. El rey, sin prisa, caminó hacia el baño.

**José Mario  
Hernández G.**

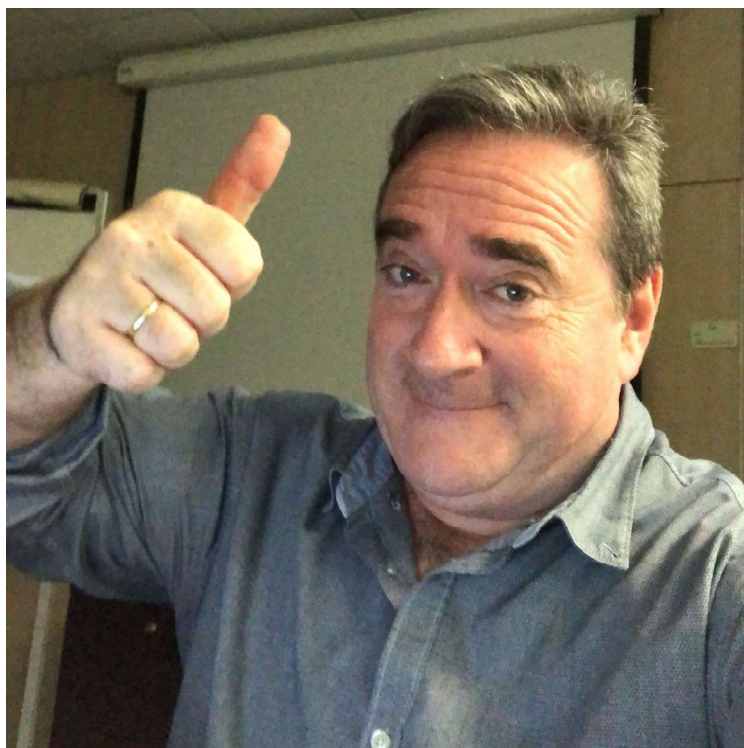




# EL RINCÓN DE CRISTIANE







Madrid 8 de agosto de 2025

¿Quien lo ha matado?

Hay quienes se quedan esperando que no  
yerre el tiro.

Sin valorar que lo que vuela es un hombre  
destrozado.

Desde la óptica de una cámara cenital  
miro.

El dron, teledirigido de lejos, la bomba ha  
lanzado.

Compartimos con un gamer infantil matar  
un soldado.

Un hombre ve la cámara desde abajo,  
agotado.

Soldado herido, fuera de combate, hecho  
probado.

La convención de Ginebra no es más que  
papel mojado.

¿Quien ha acabado con ese hombre?.

¿Quien lo ha matado?

Ese hombre que ves, tiene miedo, no está  
enojado.

Dedo por la pantalla si no revienta el  
ultrajado.

Siguiente frivolidad, de la muerte te has  
alejado.

El verano.

Los árboles su aliento,  
en sus ondas los eriza,  
hilvanando todo viento,  
que este reloj inmenso  
usa en fabricar tiempo.  
Y en la cúpula muda,  
del cielo azul asiento  
el lenguaje de las nubes  
es inextricable lienzo.  
Y como saetas lo cruzan  
esos vencejos en ciento  
grafito e hilo de oro,  
retuercen volutas hendiendo.  
Son habitantes del viento.  
La luna se va metiendo  
aerostática y diurna.  
Y con ella me oriento  
de noche a su mañana,  
revive mi cuerpo muerto,  
resucita con el alba,  
cura todo lo que miento.  
De pronto es la tormenta,  
que sincroniza latiendo  
cuanto corazón escucha,  
trueno, el plúmbeo estruendo,  
bajo su bóveda crea,  
a todo hombre creyendo,  
una religión de lluvias  
que termina deshaciendo  
su oración cuando amaina.

Luis Mariano García  
"Lucho"

## De géneros novelísticos y teoría literaria



Siendo yo un sujeto que estudia su segunda carrera profesional, cuando lo típico es que en la vida de cada cual el cada cual se aboque solo a una, pues resulta que yo quiero dos como si dos vidas tuviera. Y en la primera de esas, que no podría ser más opuesta a la segunda, uno aprende a procesar una cantidad ingente de información porque cuál, si no medicina, habría de ser una de las cerreras y vidas más difíciles para sortear. Y lo repito: ¡Ingente cantidad de información! (Que se escuche como si estuviera la palabra en mayúsculas, aunque no tenga que usarlas). Por ejemplo, tercer año de la facultad. Materia: reumatología. Tema: fisiopatología de la autoinmunidad y sus manifestaciones en órganos blanco. El reto: aprendernos todos los tipos de inmunoglobulinas autorreactivas que atacan al colágeno del tejido conectivo, o a células y matrices de otros tejidos especializados. Es decir, traduciendo los datos a un lenguaje más o menos entendible: que uno como estudiante debe, del tumulto de esos anticuerpos, separarlos por naturaleza estructural, luego por tropismo, o sea, afinidad de ataque, y así reconocer a aquellos que odian a los riñones, las retinas, el hígado, la tiroides, etc. Y ese es solo un ejemplo. Colegas médicos me pueden dar la razón al enumerarles temas con alto grado de complejidad que requieren agrupaciones, jerarquización, reordenamiento, y finalmente todo un mapa mental que, aparte de familiarizar los datos, nos permita recurrir a ellos. Trastornos innatos del metabolismo, distocias del parto, epilepsias. Un sin fin de temas que uno tiene que estudiar y hallar el mejor camino para ordenar esa información, que muchas fuentes no hacen; al contrario, la complican. Saco todo esto a colación porque, bajo ese entendido; teniendo yo una formación académica de tipo científica, es dentro de esa misma que uno no encuentra clasificaciones de los datos en donde a un investigador un tanto ocioso se le haya ocurrido agregar categorías gratuitas, borrar atajos de asociación y prolongar los pasos del protocolo, o incluso cambiar definiciones por unas con terminología rebuscada, porque, vaya, hay mucho por estudiar como para que se duplique lo pendiente; como para que lo que ya se definió se haga más impenetrable. No. Claro que no. De hecho, muchos congresos médicos lo que buscan son modificaciones a viejas clasificaciones que permitan la simplificación de los conceptos. Así pues, así educado, así entrenado, vengo y me encuentro, dentro del análisis del género fantástico de la ficción, con la Teoría de Todorov. De Tzvetan Todorov para ser más específico, publicada en 1971. Donde este teórico plantea que “el género fantástico” es todo aquel que abarque elementos irreales (en lugar de llamarlo propiamente irreal); a su vez, dentro del epíteto, el subgénero que trate sobre mundos mágicos y seres mitológicos lo



denomina “lo maravilloso” (en lugar de llamarlo propiamente fantasía), y aquello que trate sobre fantasmas, monstruos y seres horripilantes lo llama “lo extraño” (en lugar de llamarlo propiamente terror), a su vez cada uno de esos últimos adjetivados como “puro” si es creíble, y “fantástico”, si no es creíble. Bueno, para mí no es creíble que parezca la mejor forma de abordar el género literario de lo irreal. Y, ojo, no intento revolucionar la concepción del tema, ni esto representa un ataque contra la teoría del respetable señor Todorov (que el Dios de las letras lo cuide), sino mi muy personal réplica debido justo a mi visión respecto al ordenamiento de la información. Y es que me resulta inevitable no darme cuenta de que esta teoría, en lugar de analizar el contenido de las obras que busca clasificar, lo que hace es tomar cardinalmente en cuenta el sentimiento que le despierta al lector dicha obra, y eso no es lógico, ni apropiado, porque se entra en el terreno de la subjetividad, que ya de por sí es tan difícil discutir. Porque, si una teoría intenta reglamentar el funcionamiento del pensamiento respecto a una propuesta literaria, se va a encontrar la excepción que requiera a su vez una regla excepcional, y luego otra, y luego tantas que aquello no sea una regla en sí, sino una propuesta que mejor suena si se le llama teoría para que no se desprestigie. De tal forma que, ¿por qué, y lo pregunto con humildad, llamarle fantasía a lo irreal, maravilloso a la fantasía, extraño a lo terrorífico, y crear toda una filosofía para justificar que los conceptos no se deben tratar según lo que conceptualizan? ¿Porque no hay mucha teoría literaria para estudiar? ¿Porque hay que darle algo de complejidad teórica a los estudiantes? ¿Porque hay que quitar del alcance de la población lectora común la noción más lógica de lo que son los géneros literarios? En medicina, como lo he dicho, eso sería una tontería, y tengo la impresión de que muchos pensadores lingüistas y literarios, Chomsky, Saussure, por ejemplo, han intentado empatar tanto el lenguaje como su arte escrito al de una ciencia. Claro, no se ha podido concretar por todos los impedimentos abstractos que implica, pero, caray, inventarse clasificaciones tan innecesariamente laberínticas, y teorías derivadas para explicar lo que no tiene la razón desde el inicio, es demasiado artificioso en pro de alcanzar el rango disciplinar. ¿No debería presidir la lógica en ese ordenamiento de la información? Quizás no. Quizás lo que yo veo, desde donde lo veo, es erróneo y sea bueno que tengamos con qué entretenernos al leer la teoría literaria. Sigue sin parecerme lógico, pero qué he de saber yo sobre lo real y lo irreal. Sobre la fantasía que no es fantasía, el realismo que no es realismo porque puede ser mágico, y las novelas románticas que no tienen justo que tratar sobre romances porque más bien es que vienen del romanticismo.

Emmanuel Solano Argüello



# La curiosidad mató al ebrio

En aquellas horas del amanecer el sitio estaba desierto. Un parque en penumbras era ideal para esconder el cadáver. No, no pensemos mal, nada truculento en verdad: era el gato de su vecino lo que traía dentro de una bolsa negra de la basura. Negra como el gato que contenía y su triste destino: morir arrollado por la rueda del coche de un vecino que volvía borracho de una fiesta. Enfilaba hacia el portón del garaje cuando sintió el golpe seco. Al bajar y verlo, se decidió sin siquiera entrar en su casa. Debía ocultar la prueba de semejante imprudencia antes de que los Sánchez despertaran. Por suerte para él, los gatos machos, cuando entran en celo, suelen marcharse de sus casas durante días, y hay que esperar un tiempo prudencial para dar a la mascota por desaparecida. No obstante, cuanto antes mejor.

Entonces estábamos con que llegó al parque y bajó del coche trayendo la bolsa de polietileno en una mano y una pala en la otra, que guardaba en el baúl trasero desde la última jornada de reforestación con sus amigos ecologistas. Respiró profundo una brisa que olía a pino. Eso lo despabiló de sus excesos alcohólicos. Desde el portón abierto observó el sendero vacío, que zigzagueaba y se perdía entre los árboles. La gente de ese poblado no era muy adepta a la vida saludable. Difícil hallar a un aerobista haciendo sus ejercicios matinales a las seis, y para peor (¡para mejor!) en el amanecer de un domingo. Sin embargo alguien debió haber abierto el portón a tan tempranas horas: el sereno. Ese viejo podía descubrirlo cavando en un terreno público, algo que estaba prohibido, y se acercaría a averiguar. Con ese cuidado se internó en el parque municipal. Caminó un buen trecho, buscando con la mirada el mejor lugar para hacer un pozo no muy profundo, esconder la evidencia y largarse de allí. Una pareja de adolescentes, que se besaba parapetada detrás de un tronco, se llevó un buen susto al verlo aparecer. Ojeroso y cargando una pala al hombro parecía un psicópata salido de alguna película de terror. Los chicos huyeron tomados de las manos, y él prefirió regresar al circuito de aerobismo formado por un sendero de grava blanca. Por allí llamaría menos la atención. A pesar de la resaca, la frescura que corría entre los árboles lo reconfortó.

Halló un claro de tierra aún blanduzca debido a las últimas lluvias. Era ideal para cavar fácil y rápido: con cuatro paladas ocultaría la evidencia. Luego el tiempo haría su trabajo. Y ya se disponía a esforzarse con tan inesperado ejercicio mañanero, cuando escuchó pasos que se acercaban por el sendero. Prefirió aguardar a que el aerobista pasara, apoyó un brazo sobre el mango de la pala y observó las copas de los árboles en pose de nonchalant. Fue entonces cuando escuchó una voz familiar que le decía: “¡Ernesto, no te imaginaba madrugador!”.

Era Sánchez. Su vecino de puerta se acercó, jadeante y sudoroso, adelantando una mano en señal de saludo.

—¿Qué haces un domingo tan temprano en el parque?, ¿ibas a cavar un pozo? —preguntó el otro, mientras observaba con curiosidad la bolsa negra. El gaticida pensó rápido.

—Planeaba plantar unas semillas que traigo aquí. Seguimos con el plan de reforestación... —improvisó.

—¿Y te dejan solo? Qué falta de compañerismo la de tus colegas ecologistas...

¿De qué son? ¿Cedros, cipreses, pinos? —preguntó Sánchez, y sin pedir permiso le arrebató la bolsa de su mano. Al abrirla su semisonrisa de cortesía se evaporó.

—Pero Ernesto... aquí dentro hay un gato muerto... —dijo con voz neutra. Y el involuntario matador de mascotas, descubierto, ya ensayaba alguna disculpa sincera cuando el otro siguió:

—Has pisado a tu gato. Qué dirá Elisa cuando se entere... En cuanto a mí, chitón, quédate tranquilo. —Soltó la bolsa, saludó con un ademán apresurado y siguió trotando por el sendero. El tal Ernesto echó una mirada a la bolsa, desconcertado, y reconoció a su propio gato. El alcohol, ya lo sabían los dioses griegos, suele perturbar los sentidos.

Maximiliano Sacristán

## EL ESTADO ABSURDO DE AMAR A TRAVÉS DEL TIEMPO

Adrián Isaac Pérez Bravo

*Véase al amor como la causa de todos los males; más allá del dinero, la política y el fútbol.*

- Adrián Pérez Etapa 1: Conocimiento

Desde tiempos prehistóricos, los individuos que conforman a la humanidad se han visto obligados a aliarse a otros de sus semejantes para la supervivencia inmediata y, por consiguiente, seguir procreando más de su sangre. Desde un punto de vista científico y biológico, las personas se juntan con otras por la necesidad de crear un legado, para que, después de su inminente o predecible muerte, otro igual reemplace su lugar y que su sangre siga precediendo a través de los siglos. Pronto, estos grupos nómadas, descubrirían la ganadería y la cosecha de frutas, vegetales y otras plantas, dando pie a las primeras civilizaciones y culturas, revolucionando la forma en la que las personas se relacionaban. Los grupos ya no tenían porqué luchar contra mamuts, dientes de sable, leones, panteras, osos u otros antiguos enemigos mortales para las pequeñas y delicadas manos humanas. Ahora empezaban a tener otras preocupaciones e intereses diversos, la escritura se desarrollaba a la par de las matemáticas, la astrología y astronomía eventual, mientras se perfeccionaba la agricultura, los sistemas económicos y los sistemas de drenaje de ciudades majestuosas. Ciudades prehispanicas y europeas más viejas que el mismísimo y mítico Dodo. El motor, el fuego ardiente, el pedestal que potenciaba a una humanidad creciente, pensante y culturalmente fundadora; era... el amor.

El amor en tiempos nómadas no significaba nada, el enamoramiento ni siquiera formaba parte de los pensamientos de las mentes más desarrolladas. Poco interesaba más que como impulso para reproducirse, tener descendencia y proteger a su comunidad— fíjese que esto último podría simbolizar un primitivo significado de amor—. Aunque de igual manera, no es hasta las eras del sedentarismo temprano y la invención de la escritura que empiezan a tomar relevancia los pensamientos subyacentes de los comportamientos más banales e insignificantes que turnan al ser humano en lo que es, un ser complejo en su retrospectiva, muchas veces inentendible y poco práctico, negador de las simplicidades y catalizadores de sentimientos creadores de estructuras absurdamente complejas y sinsentido cuyas motivaciones irían desde el ego y la autorrealización, hasta motivos más humildes como lo son la protección hacia tu propia comunidad o la manifestación pura de la creatividad, llámese amor, y así acelerar el avance próximo a lo exponencial de la humanidad. Pero, suficiente de hablar sobre el amor como expresión social o creativa, pues el significado de amor es amplio, aunque limitante y muchas veces confuso. Entendamos ahora al amor como el enlace entre dos individuos: al amor irracional.

Etapa 2: Enamoramiento

Los científicos neurólogos estiman que el efecto bioquímico del enamoramiento, que se efectúa a partir de dos individuos, perdura aproximadamente 3 meses. En algunos casos, este podría llegar hasta los 2 años antes de que se empiece a interiorizar un declive en esta particular emoción. Esta es, posiblemente, una de las emociones más complejas e irracionales que puede experimentar el ser humano a lo largo de su corta vida. Pero el enamoramiento es meramente superficial que apantalla los defectos del otro a posteriori del beneficio ante la *separatidad* propia. Sin embargo, es la que pone los cimientos para que se produzca lo que conocemos como amor.

La definición de amor puede ser diversa, pues al tratarse de un sentimiento o emoción propia, cae en la necesidad subjetiva del significado que se le puede dar. Sin embargo, se puede llegar a un significado común si se aborda desde distintos puntos de vista y alcanzar la tan deseada piedra angular del amor.

Siempre pensé que el amor era algo de fantasía, que solo las almas más “puras” podrían alcanzar la felicidad a través de la compañía de uno de sus semejantes. Pues mi definición, hasta hace un par de años, era aquella que trataban las películas infantiles. Que era una serie de actos donde uno tenía que mantenerse en un estado de abstinencia de cualquier atracción hacia otra persona que no fuera la amada y así, si la situación así lo manejaba, podrían estar juntos por siempre sin tener que haber pasado por otras relaciones, posibles fuentes de angustias futuras para el otro individuo. Absurdamente, lo único en lo que tenía razón, era en la idea de que el amor era una decisión, una decisión sin ningún argumento que tuviera sentido.

*Pero... ¿qué es entonces amar?*

### Etapas 3: Amar

El amor es una enfermedad. Recorre tus venas con pasión juvenil y te envenena hasta la médula, y un abrazo, una caricia, un beso o una rápida mirada podría representar una muerte instantáneamente mortal hasta para el hombre más angustiado, fuerte o experimentado de la humanidad.

*El amor en tiempos de cólera*, del aclamado escritor latinoamericano Gabriel García Márquez, es una obra que retrata precisamente lo que es el padecimiento que podría representar el amar a una persona a lo largo de toda una vida. El cómo las dolencias de no poder ser correspondido te pueden llevar a una perdición silenciosa y sin un rumbo específico, un sinsentido angustiante y de soledad. También se exponen las circunstancias de querer a un individuo forzosamente por el mero sentido de estar en matrimonio —véase la distinción entre amar y querer— y aborda de misma manera lo contrario que es estar en completa libertad; aunque eso sí, manteniendo el pensamiento constante de querer estar con alguien imposible así no importen las circunstancias. Y con esto en mente, se puede llegar a un significado impreciso que responde a nuestra pregunta.

Para llegar a una respuesta concreta, habría que desdeñar la historia de Florentino Ariza y Fermina Daza, protagonistas de esta novela cuyas actitudes podrían reflejar qué es el amor verdaderamente dentro de contextos similares esencialmente y a la vez completamente distintos en la superficie. El enamoramiento, como bien lo comentaba antes, es la segunda etapa después del conocimiento y este ocurre casi de inmediato después de conocer a la persona. Bien pasa de ley con Florentino y Fermina en una edad joven llena de posibilidades: “Fue el año del enamoramiento encarnizado. Ni el uno ni el otro tenían vida para nada distinto de pensar en el otro, para soñar con el otro, para esperar las cartas con tanta ansiedad como las contestaban. Nunca en aquella primavera de delirio, ni en el año siguiente, tuvieron ocasión” (García Márquez, 2015). Se observa al enamoramiento de manera precisa, un estado de pasión inagotable y llena de pasividad emocional. A pesar de ello, se sabía que ambos estaban realmente enamorados y apasionados por el otro desde el inicio por la enumeración de sucesos y el epíteto respecto a la primavera, el cual es una buena señal en primera instancia para dar inicio al amar precisamente —y nótese que fue durante al menos un año entero este comportamiento—. Pero todo se turna en desgracia para ambos cuando el padre de Fermina, Lorenzo Daza, desaprueba su relación y hace lo posible para que se separen; pues cree que Florentino no es el ideal para su hija debido a sus orígenes humildes y de bajos recursos. Por lo que decide tomar la decisión de irse de la ciudad y presentarle a un médico reconocido para que se casara con él.

El doctor, llamado Juvenal Urbino, es muy serio, de filosofía estoica y absolutamente nada romántico; todo lo opuesto a Florentino. De hecho, su “enamoramiento” con Fermina fue completamente distinto a al que fue con



el joven Ariza, pues la respuesta positiva de matrimonio fue más por la insistencia y factores de clase social que por un genuino acto de libertad.

Pero, indudablemente, llega un punto donde Fermina llega a una conexión simbiótica con su marido, aunque no reconoce si realmente es amor: “Acababan de celebrar las bodas de oro matrimoniales, y no sabían vivir ni un instante el uno sin el otro, o sin pensar el uno en el otro, y lo sabían cada vez menos a medida que se recrudecía la vejez” (García Márquez, 2015).

Luego de cincuenta años juntos, los personajes se encuentran fusionados y se necesitan mutuamente. Por ejemplo, Fermina viste a Juvenal todas las mañanas porque él no puede hacerlo solo. La vejez y el paso del tiempo han potenciado esta interdependencia matrimonial.

A pesar de eso, el narrador aclara que la pareja no sabe si esta dependencia está basada en el amor o en la comodidad —pues recordemos que Fermina viene de una familia humilde—, y que ninguno de los dos se atreve a hacerse esa pregunta. A pesar de ello, en el último capítulo queda claro, en el proceso del duelo que lleva a cabo Fermina, el nivel de interdependencia que habían consolidado y los problemas que atraviesa para vivir sola.

#### Etapa 4: Pérdida

El tiempo pasa y la muerte del doctor Juvenal toca la puerta y, de manera insólita, derrumba esos más de 50 años de matrimonio y con una destrozada Daza se observa la pérdida aparente del amor, aunque es probable que sea más bien la pérdida de una oculta comodidad:

“Su dolor se descompuso en una cólera ciega contra el mundo y aun contra ella misma, y eso le infundió el dominio y el valor para enfrentarse sola a su soledad” (García Márquez, 2015).

Luego de la muerte de su esposo, Fermina se descompone de dolor y luego de enojo. Es interesante cómo se utiliza la palabra “cólera” en un nuevo sentido, en esta obra en la que este término se vincula con la pandemia o con los síntomas del amor. En este caso, refiere al enojo que siente Fermina por la muerte de su esposo.

Fermina usa el enojo para enfrentarse a la soledad y para construir una vida sola luego de medio siglo de un matrimonio muy dependiente. Esta cita evidencia el proceso que comienza Fermina en ese instante para consolidar su autonomía e independencia, que luego le permite volver a enamorarse de Florentino.

Olvidémonos un poco del doctor Juvenal y Fermina, pues he explicado lo suficiente para definir una parte del amor tomando el aspecto matrimonial de la vida de estos personajes. Es preciso entonces observar cómo es el amor desde la perspectiva de Florentino y cómo es que contrasta con su amada de antaño.

Recordemos que Florentino es un hombre romántico, de carácter deseoso y de anhelo. Después de que la señorita Daza se fue, el narrador explica el profundo dolor y un deseo disparado por parte de un joven Ariza. Y sabiendo que fue su condición socioeconómica lo que hizo que fracasara con la familia Daza, se propone superarse y alcanzar el éxito económico para merecerse el amor de Fermina y su padre. En el camino se atraviesa con varios amíos y aventuras que describe como amores fugaces, cuya única base es posiblemente la necesidad de no sentirse solo y el deseo meramente carnal. Pero, dentro de sí, él sigue comprometido con Florentina y esta frustración se torna en una obsesión por ella por muchos años: “Siempre era así: cualquier acontecimiento, bueno o malo, tenía alguna relación con ella” (García Márquez, 2015).

Esta cita resume el modo obsesivo y total en el que Florentino se enamora de Fermina. Piensa en ella constantemente, aunque está casada con otro hombre hace años. Florentino tiene un solo deseo real en la vida y es romántico: recuperar a Fermina cuando su esposo muera.

Su obsesión lo lleva a visitar la puerta de su casa para verla de lejos, recordar su olor en cualquier momento, mantenerse soltero por cincuenta años y hacer de su promesa eterna de fidelidad y amor a Fermina el hilo rector

de su vida. Es por ello por lo que la novela también sugiere la idea del amor como una enfermedad, como el cólera. Florentino se pasa la vida esperando a Fermina, y a veces está físicamente enfermo de anhelo por ella. Los síntomas que experimenta por el desamor son muy parecidos a los del cólera. Pues tan fue así el dolor de Florentino por haber perdido a Fermina, que antes que ser pobre, antes de ver cómo cambiaba su pueblo a su alrededor, antes de desanimarse en el entretenimiento, Florentino ya moría lentamente por ella. Entonces, véase al amor como la causa de todos los males; más allá del dinero, la política y el fútbol.

#### Etapas: Reconciliación

Al momento en que el esposo de la señora Daza fallece, Florentino inmediatamente acude al funeral y, de forma casi que apática, le declara su amor nuevamente a Fermina. Por obvias razones, Fermina se encuentra disgustada y enojada por tal acto en un escenario velatorio, y peor aún, en el funeral de su ahora difunto esposo. De cualquier manera, ella acaba ablandándose con él y decide volver a darle otra oportunidad para reavivar lo que alguna vez fue su relación hace más de 50 años.

En el último capítulo, Florentino invita a Fermina a un crucero fluvial con él. A Fermina le preocupa que la aparición de los dos juntos en el puerto provoque un escándalo, así que Florentino ordena al capitán que ices la bandera amarilla que significa la presencia del cólera a bordo del barco. Esto significa que nadie más subirá al barco y que no serán interrumpidos. Así podrán navegar juntos en paz.

*El amor en los tiempos de cólera* abarca toda una vida. Proyecta cómo las personas, los lugares y las circunstancias evolucionan a través del tiempo. Florentino queda preso en el amor de su juventud, está entre el pasado y el futuro mientras todo el mundo cambia a su alrededor. La novela describe un río que atraviesa al pueblo de donde eran originarios estos dos amantes. Al principio, este es exuberante y verde, pero se torna en uno desnudo y arenoso al final de la novela. El tema con el cólera y su erradicación también apunta a una modernización y cambio de forma: de pueblo a ciudad.

La estructura no lineal de la novela y su particular línea temporal esporádica, llaman la atención sobre cómo pasa el tiempo. Pues comienza con la muerte del Dr. Urbino y después procede a retroceder en el tiempo para narrar el amor anterior de Fermina y Florentino. En la historia, años e incluso décadas enteras pueden pasar en unas pocas frases y un eco de sorpresa le da al lector cuando cae en la notoriedad del paso del tiempo.

#### ¿Qué es, entonces, amar?

A través de la novela se abordan distintas perspectivas sobre el amar, precisas para encontrar una piedra angular precisa sobre lo que es amar. *El amor en los tiempos de cólera* es esencialmente una historia de amor, pero no únicamente en el sentido de una relación romántica entre dos individuos. Esta explora muchas relaciones diferentes, el cómo el amor es realmente algo bastante complejo y cómo es que cambia ese sentimiento a lo largo de toda una vida. Fermina y Florentino, desde la pasión de su juventud hasta la complacencia que encuentran entre ellos en su vejez, denota un significado de un amor evolutivo, no uno estático o universal en su particularidad temporal, sino un estado que perdura en la esencia de querer a una persona junto a ti, pero que fluctúa libremente en la práctica que cada persona le dé. Y, aunque estas dos formas de amor particulares son incomparables, ambas son también, innegablemente, amor.

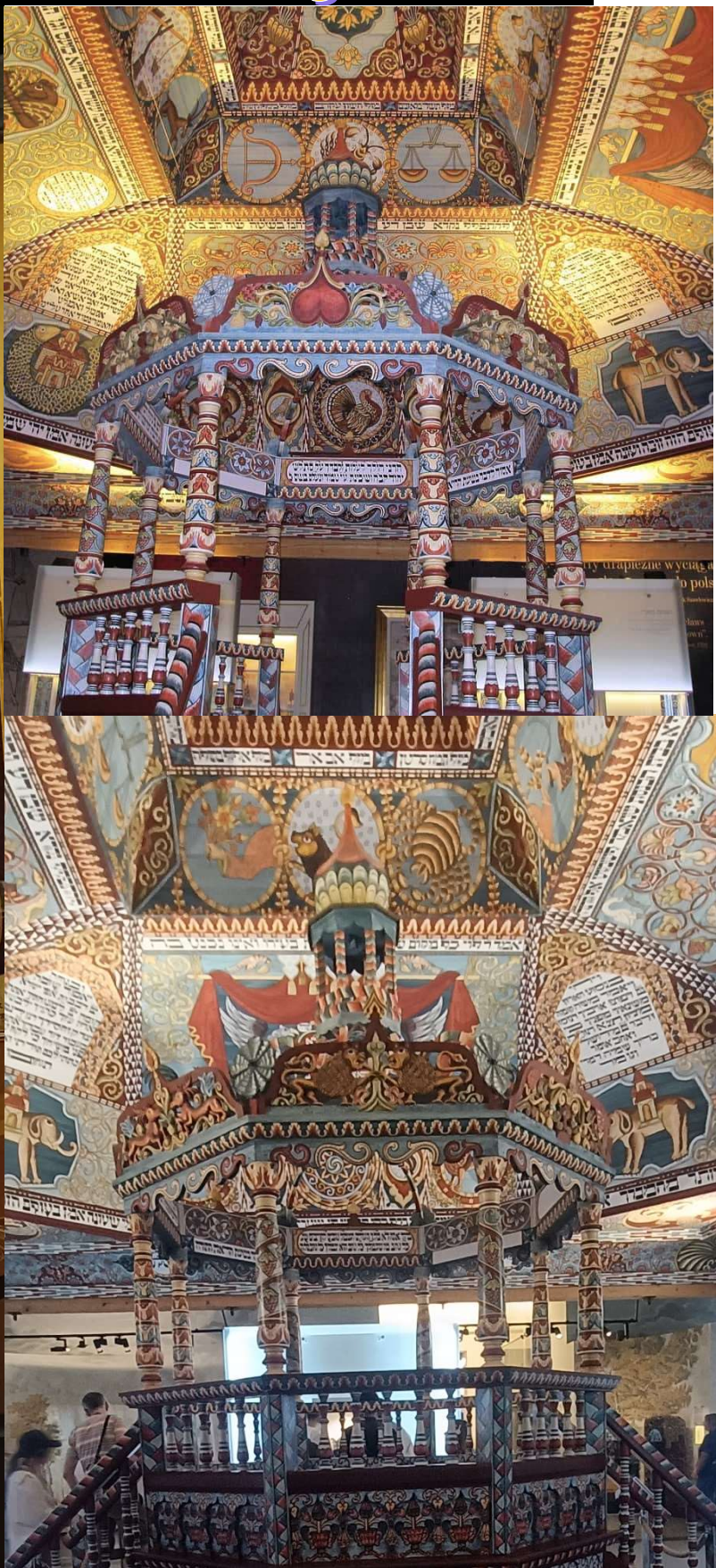
#### Referencias:

García Márquez, G. (2015). *El amor en los tiempos de cólera*. Editorial Diana: México, Ciudad de México.



# La Galería

## Museo Polin, Yuleisy Cruz





# Lecciones desde el infierno

**Yuleisy Cruz Lezcano**

Dentro del Museo POLIN, el tiempo parece romperse. El afuera y el adentro ya no coinciden. Las calles de Varsovia siguen vivas, modernas, vibrantes; pero aquí dentro, en esta arquitectura curva que abraza y encierra, todo se detiene. Es como si el aire llevara dentro de sí la memoria de la humedad de los sótanos, del frío, del miedo. Recorro la sección dedicada al gueto, al exterminio. Todo está cuidado, documentado, exhibido con respeto. Pero no hay forma de suavizar el horror, de hacerlo pedagógico sin dejarlo intacto. El museo no quiere consolarte, te lleva a mirar, pata que no olvides. Y entonces me vuelve a la memoria el relato de Primo Levi. Ese momento atroz, absurdo, cuando los prisioneros llegan al campo. Sedientos tras días de viaje inhumano, ven un grifo. El agua corre, pero hay un cartel: "Wassertrinken verboten". Prohibido beber, porque está envenenada, dicen. Y te das cuenta que el sufrimiento debe ser total, hasta el más mínimo detalle. Ese es el infierno, dice Levi, es un infierno sin llamas, donde lo insoportable no es el castigo físico, sino el sinsentido, la suspensión eterna de todo: del tiempo, del juicio, de la lógica, de la dignidad.

Y eso también está aquí, en el POLIN. No en un cartel, no en una réplica de grifo, sino en la historia, en los objetos. El dolor se anida en el retrato de un hombre que perdió sus zapatos, y con ellos, su identidad, en la carta nunca enviada, escrita en yidis, manchada de tierra y desesperación, en las voces de quienes supieron que su turno llegaría, como llega el segundo acto, como llega la muerte: sin sorpresa, sin ruido. En una vitrina, hay un peine roto. Lo miro con una rabia inexplicable. ¿Para qué peinarse en un campo de muerte? ¿Por qué alguien conservaría ese objeto inútil en medio del caos? Y luego lo entiendo, porque aún querían ser hombres, porque aún había una línea delgada, temblorosa, entre la bestia y el humano. Y aferrarse a ese peine era un acto de resistencia. En otro rincón, una reconstrucción digital del gueto de Varsovia me rodea. Observo las calles, los muros, las miradas esquivas, los cuerpos que bajan la vista al pasar, las cartillas de racionamiento. Son las señales que indicaban dónde no podían entrar los judíos. Todo está recreado con fidelidad. Y sin embargo, nada puede igualar el relato vivo de quienes lo padecieron.

Primo Levi lo escribió sin gritar, con una voz seca, despojada, sin adornos. Por eso duele tanto. Recordaba cómo un SS lo miró fumando, como si él, Levi, químico, lector, hijo, prisionero, no fuera más que una sombra, un cuerpo que debía obedecer, un ser sin derecho a zapatos parejos, a cinturones para hernias, a explicaciones. Y eso es lo que uno siente también en el POLIN: la lenta, metódica, burocrática destrucción del alma. No hubo explosiones espectaculares, dramatismo, solo rutina. Se siente en las fotos el frío, la espera, la humillación de desnudarse ante otros hombres, el viento helado que entraba y salía mientras ellos se cubrían como podían, sin saber si ese sería su último temblor. La historia está llena de fechas. El POLIN las tiene todas. Hay líneas del tiempo, gráficos, cifras. Pero lo que permanece conmigo es ese grifo, Esa agua envenenada. Esa broma

macabra en medio del infierno. Y la certeza de que, como escribió Levi, “el infierno debe de ser así”: esperar sin sentido, desnudos, con sed, sin nombre.

En los pasillos del museo, cada visitante camina en silencio. No hay teléfonos, no hay risas, no hay comentarios. El respeto se impone, no porque lo exijan, sino porque no queda otro camino. Porque algo aquí te atraviesa y ya no te deja igual. Salgo al exterior. Varsovia sigue viva. Hay un niño que corre con un helado. Una pareja que discute en voz baja. Un anciano que riega una planta en su balcón. Y yo, que he leído a Primo Levi y he caminado por el POLIN, sé que todo eso es un milagro. Que no estamos autorizados a olvidar. Camino sin rumbo por el barrio de Muranów, allí donde antes se alzaba el gueto de Varsovia. Cada calle lleva dentro de sí un eco, una herida mal cerrada. No hay rastro visible de los muros, pero los siento. Están en la arquitectura que no encaja, en los espacios vacíos entre los edificios, en las placas discretas que recuerdan lo que fue borrado.

En una esquina, un árbol crece torcido. Su sombra cae sobre una baldosa con un nombre: Abram, cinco años, asesinado en 1942. Me detengo. Abram y Emilia. Emilia con su baño en el cubo de zinc, Abram quizás abrazado a una muñeca o a un trozo de pan duro. No sé sus historias completas, pero las siento completas dentro de mí. Porque el museo me las ha entregado sin decirlas del todo, como lo hace también Primo Levi: con fragmentos, con detalles que perforan. Y entonces vuelve a mí ese otro momento de su relato: la sala vacía, el grifo inútil, el tiempo que cae gota a gota, como tortura invisible. Ese infierno sin fuego, sin gritos, sin violencia física. Solo espera. Sólo frío. Sólo obediencia. Es eso lo que más duele: la obediencia.

¿Cómo se llega a obedecer sin preguntas? ¿A desnudar el cuerpo sin resistencias? ¿A entregar los zapatos como si ya no importaran? ¿Cómo se llega al punto donde todo lo que uno fue, nombre, historia, deseo, miedo, se desintegra hasta que solo queda la carne esperando su turno?

La crueldad no fue solo matar, fue quitar incluso el derecho a morir con dignidad, a saber cuándo, cómo, por qué. En una de las vitrinas del POLIN había una carta escrita con letra temblorosa. Era un testamento improvisado, doblado con cuidado y enterrado en una caja de hojalata. La última palabra de un hombre que sabía que ya no tendría palabras. Escribió para el futuro, como Primo Levi, como Ringelblum, como tantos. Porque escribir era resistir. Era salvar algo. Y me doy cuenta de que caminar por Varsovia, después del museo, es también caminar sobre esa escritura enterrada, cada paso es una sílaba que resucita.

Pienso en los que sobrevivieron. En los que vivieron el absurdo de ser “útiles” para el Reich, como si su utilidad los hiciera merecedores de algunos días más de sufrimiento, como si el hecho de poder cargar ladrillos o pelar patatas justificara que no murieran aún. Y aún así murieron, casi todos.

Las historias en el POLIN no terminan con liberaciones gloriosas, no hay redención, hay desapariciones. Los nombres se transformaron en números, pero aún los números, a veces, tienen nombres, si alguien los escribe. Eso hizo Levi.

La memoria, pienso, no es recordar lo que pasó. Es sentir lo que puede volver a pasar.

## En Vigilia

## Alexander Rivera

Bajo una noche nítida, permanecía yo, un Joven solitario, sentado como un viejo encorvado en mi patio entre calabazas amontonadas y mazorcas extendidas, cuando inesperadamente vino el viento a abrir la puerta violentamente, haciendo que casi brincara de mi silla.

Mi casa se encontraba sin luz cuando fui a asegurar esa misma puerta, y allí fue que presentí algo, como si alguien me hubiese sorprendido y asustado con ese soplo. Así que volteé a mirar por todos los rincones oscuros, y por consiguiente, un ser enjuto, enfermo de melancolía me había poseído, tumbándome de cólera. Mis manos apenas podían soportar el resto de mi peso para no tirarme completamente, y mientras colgaba mi cara hacía el suelo, dije con tono moribundo; «¿¡Qué o quién retumba las puertas de mi alma!?» «y ¿¡Por qué su llamado cargo en mis hombros como Sísifo la pesadez del mundo!?» «Terrible, terrible y extraño mundo.» «¿¡Qué eres!?, ¿¡Qué es lo que eres!?»

Hacía falta preguntarme mil veces lo mismo, para que el eco se perdiera en la calma sin fondo, como mi silencio en el horizonte, con el que me encontré esa noche, asegurando que fue el espanto lo que me había agarrado. Sea cierto o no esa superstición, estoy de acuerdo que mi ánima estaba penando de su propio delirio, cuando pasé mi vigilia frente a esa sombra mía, que despertó esa noche.

## Ovillos de amor

## LONI

Mamá siempre tejía en silencio. Nunca supe si lo hacía por costumbre o por necesidad, pero cada tarde, al volver del colegio, la encontraba sentada junto a la ventana, con los ovillos en el regazo y los hilos enredándose entre sus dedos como si tejiera el mundo. Al principio eran bufandas, gorros, mantas. Después, cuando papá se marchó, tejó más deprisa, como si al apretar los puntos pudiera sujetar algo que se deshacía. Cuando lloraba, no se detenía; tejía. Cuando reía, también. A veces me hablaba sin mirarme, pero su voz salía hilada con cada puntada, firme y suave como el algodón. Un día, me dejó tejer con ella. Yo no entendía la técnica, ni la lógica. Solo sentí que había algo mágico en ese gesto repetido que parecía curar el tiempo. Con los años, mamá fue perdiendo fuerza en las manos, y dejó de tejer. Pero la casa estaba llena de sus tejidos: alfombras como mares, mantas como nubes, tapices con historias que nadie contaba. En cada rincón, un hilo invisible nos seguía uniendo. Cuando enfermó, me senté a su lado. Le leí, le hablé, le canté. Y una tarde, sin saber por qué, saqué una vieja aguja y un ovillo de lana azul que encontré en su cajón. Empecé a tejer. Torpe, lento, mal. Pero tejí. Mamá ya no podía abrir los ojos, pero cuando sentí su mano sobre la mía, entendí todo: no tejía para abrigar, tejía para sostenernos, para mantenernos unidos cuando las palabras no bastaban, cuando el mundo se deshacía. Hoy, cada vez que la echo de menos, tejo. Punto a punto, voy cosiendo su ausencia. Y aunque no tengo su habilidad, sé que con cada hilo devuelvo un pedazo suyo al mundo. Porque el amor también se hereda así: con hilos, con gestos, con silencio.



## Pagina 30 Visto en redes

Llegar a los 50  
Tiene sus ventajas y desventajas  
No ves las letras de cerca  
Pero ves a los idiotas  
de lejos!!!



**LAS DIFERENCIAS NOS ENRIQUECEN...  
...EL RESPETO NOS UNE.**

Renacer Humano

## LA FARMACIA ESTA AQUI DENTRO



## El cangrejo enamorado

Soy un cangrejo, que admira tu belleza desde un lejano lugar.

Bajo la sombra de un tronco seco,  
siento que se detiene mi pecho,  
cada vez que te acercas un poco más.  
Sin embargo, retrocedo, pues no sé nadar.

Sí, por caer en tus amores veo  
que la vida me puedes arrebatarse...

Eso me atemoriza un poco,  
más lo puedo intentar.

Óyeme marea amada,  
no me vayas a matar.

Desde chico, padre me dijo:  
En esa no te vayas a fijar, pues,  
aunque parece serena,  
cuando menos te lo esperas,  
tu vida puede traicionar.

Más, yo, siempre terco,  
me fasciné con tu danzar  
y, mírame ahora:

Estoy a punto de saltar,  
a tus brazos marinos,  
con collares de coral.

Si alguien no me detiene,  
adiós este es el final...

## El dragón nocturno

La luna, cómplice de mis sueños,  
reluce en medio de las nubes  
y, por entre ellas, se dejan ver,  
algunas estrellas.

“Algo” atraviesa volando el firmamento,  
de uno a otro extremo.

En medio de una noche de junio;  
Algo, que no son nubes,  
ha tapado las estrellas.

De su forma se aprecia:

Un dragón en el cielo.

Que volando va riendo,

Alegre, de que nadie puede verlo.

## Juliana Elisabet







## CELIA CABRERA

He aquí la historia de Celia Cabrera,  
conocida por ser la panadera  
de un pueblo donde lo que prepondera  
es la gente que no tolera el pan.  
Panizo de Triguera se llamaba  
el pueblo donde Celia trabajaba;  
casi nada dormía y madrugaba  
para que no pasaran del zaguán.  
Creyó a la levadura el enemigo  
hasta que la reprendió un testigo  
que no eran ni sal ni agua, sino trigo,  
y se la apagó la felicidad.  
El corazón y la razón discuten;  
ensayo y error, sus labios degluten:  
¡Eureka! Mismo sabor sin gluten...  
El pan sin gluten es su novedad.  
Expuesto queda (para quien se atreva)  
su renovación, que espera longeva.  
El pueblo su hazaña la compra y prueba:  
Éxito absoluto, acierto total.  
Hacer pan sin trigo era complicado,  
y en nuestra memoria queda plasmado  
el logro que Celia aquí ha marcado:  
su pan es Bien de Interés Cultural...

**Jorge  
Pérez de  
Mata**